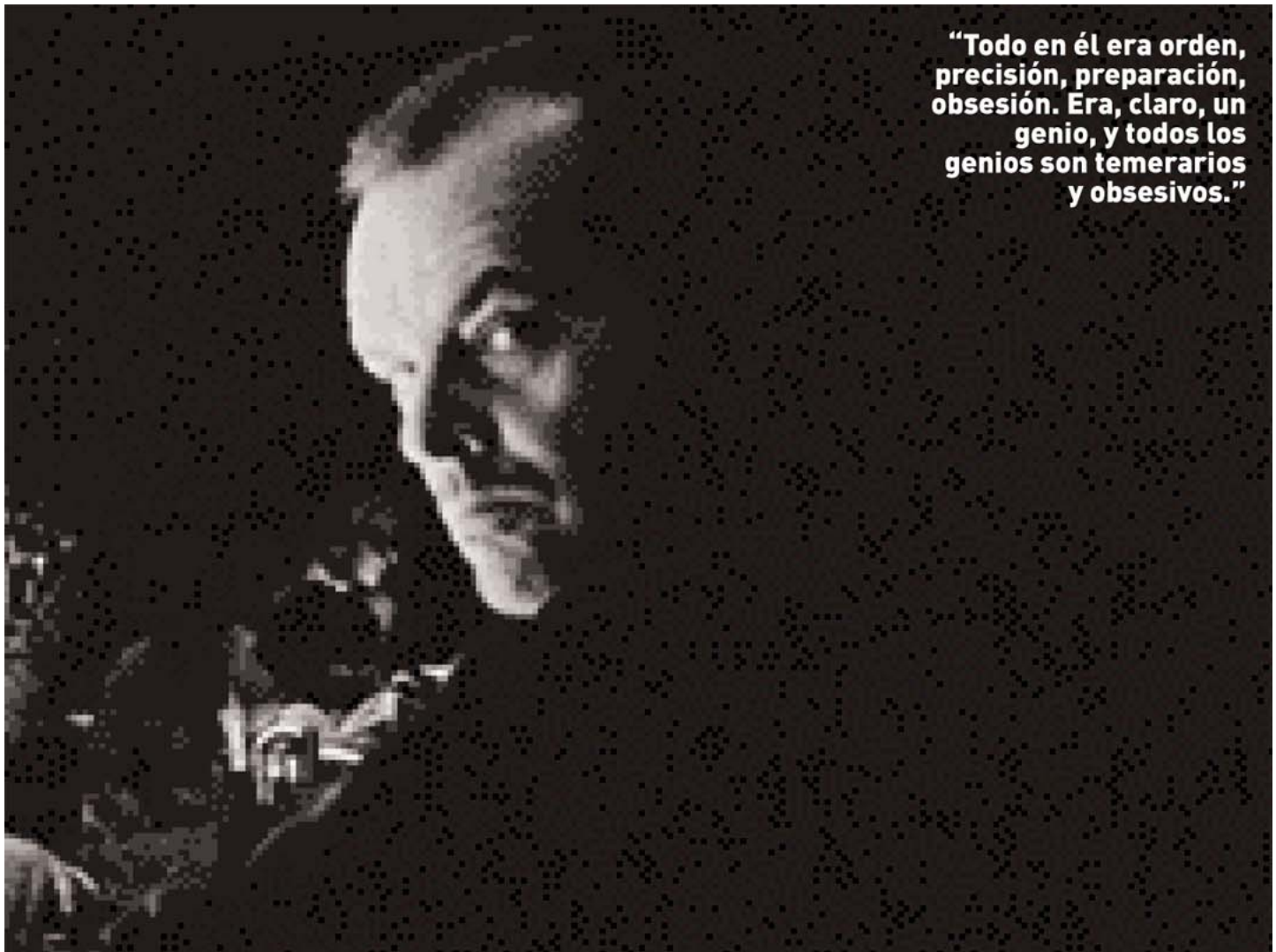


stanley Kubrick

Stanley Kubrick sigue vivo. Cuando se cumplen 25 años del estreno de "El resplandor", se acaba de publicar "The Stanley Kubrick Archives" (Taschen), lujoso libro-objeto repleto de todo tipo de material inédito –diseños, cartas, pósters, planes de rodaje– procedente de los archivos secretos de uno de los cineastas más polémicos, inventivos y legendarios de la historia del cine. Les mostramos las mejores imágenes.

➔ Buscó la perfección allí donde solo hay defectos, erosiones y dudas. Allí donde solo hay una humanidad que se le escapaba como la arena entre los dedos. Porque quería, por encima de todo, entender qué significa ser humano. Y es que Stanley Kubrick (26 de julio de 1928-7 de marzo de 1999) fue un artista que intentó acercarse a la emoción desde la geometría de la razón. Lo hizo, a veces, sin controlar una frialdad que, desde la distancia, podía desconcertar a los amantes del caos. Todo en él era orden, precisión, preparación, obsesión. Era, claro, un genio, y todos los genios son temerarios y obsesivos. Temerario porque nada le asustaba, creía que podía reinventar el mundo y volver a empezar: de hecho, solo le faltó atreverse con el western; ningún género dejó de llamar su atención, ninguna novela se le resistió. Y fue obsesivo porque quería ser Dios. Sus películas no eran más que enormes tableros de ajedrez donde actores y técnicos se movían a su antojo. Para él lo importante no era participar sino ganar. Los métodos que seguía para lograr sus objetivos no acostumbraban a tener en cuenta el elemento humano. Era un inventor chiflado que creía a ciegas en el poder de la tecnología para definir el sentido del universo en un vals de naves espaciales, un mariscal de guerra, un sádico impenitente, un monstruo con algo más que talento... si ha-



“Todo en él era orden, precisión, preparación, obsesión. Era, claro, un genio, y todos los genios son temerarios y obsesivos.”

EL ARTISTA QUE SURGIÓ DEL FRÍO

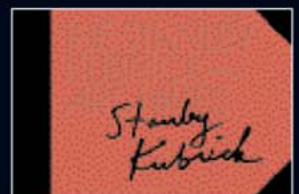
Kubrick, hace 25 años, durante el rodaje de 'El resplandor', entre Joe Turkel y Jack Nicholson.

cia llorar a Shelley Duvall después de obligarla a repetir decenas y decenas de veces la misma toma en *El resplandor*; si Harvey Keitel se despedía de un portazo, agotado tras sus infinitas exigencias durante el rodaje de *Eyes Wide Shut*; o si dañaba la córnea de Malcolm McDowell tras someterle a un simulacro de tratamiento Ludovico inquietantemente realista en *La Naranja Mecánica*... Nada le importaba si el resultado cumplía sus expectativas. Conocido por sus rodajes eternos y sus proyectos largamente aplazados –prueba de ello son sus storyboards para *A.I. Inteligencia Artificial*, que acabó dirigiendo Steven Spielberg, o los fragmentos del guión de su acariciada biografía de Napoleón–, Kubrick, como Hitchcock, logró hacer lo que le vino en gana –13 largometrajes en 46 años de carrera– dentro de un sistema de estudios no conocido precisamente por su flexibilidad.

Vocación de demiurgo

Nunca fue un buen estudiante, pero el ajedrez y la fotografía le acercaron a su vocación de demiurgo cinematográfico. No leyó un libro por placer hasta los 19 años, pero poco después escribiría, produciría, montaría y fotografiaría su obra prima, *Fear and Desire*. Lloró al verla, como un sacerdote que, de pronto, ve confirmada su vocación. Judío del Bronx, acabó

aislándose en una mansión fortificada en Hertfordshire, Gran Bretaña, lejos de las banales presiones de Hollywood que convirtieron el rodaje de *Espartaco* en una guerra abierta. Leyó libros de psicología para manipular mejor a sus actores. Raramente concedía entrevistas y odiaba las intrusiones en su intimidad. Dicen que siempre llevaba un cuchillo en su maletín y no soportaba las enfermedades: siempre tenía miedo al contagio, tal vez porque le asustaba no poder controlarlo. Ese, tal vez, fue uno de los grandes temas de su obra: la soledad del hombre que no puede controlar su destino, la individualidad estrangulada por las convenciones sociales, la violencia como respuesta bidireccional a un instinto que no sabemos cómo reconducir. Creó una leyenda a su alrededor que no para de crecer con el tiempo. Se convirtió en mito antes que nadie pudiera hacer nada por comprender su trascendencia. De hecho, toda su filmografía puede entenderse como un himno a la trascendencia, a todo aquello que nos hace más grandes que la vida.



“The Stanley Kubrick Archives”, de Alison Castle. Ed. Taschen, 544 páginas. 150 €.

Sergi SÁNCHEZ. >>